

Las compañías del Norte y del Noroeste de España.

El periódico *Les Affaires Espagnoles* dice que aún no es tiempo de hablar de la union de estas dos compañías de ferro-carriles; pero añade que no sería extraño que dicha union se hiciese en cuanto se abra la línea directa de Oviedo á Leon, cuyo término liberará á los concesionarios de compromisos generales y especiales contraídos con la Administracion española.

Lo presumíamos y no olvidaremos este asunto, que merece estudiarse.

El cólera del Ganges.

En un buque procedente de la India se ha comprobado un caso de cólera morbo asiático; los ingleses han disuelto la comision sanitaria de Egipto; son dueños del país y niegan el caso citado. *Caveant consules...*

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

DOS ESPEJOS

I

Jóven, bella y elegante,
se enloquece ante el reflejo
del plateado y limpio espejo
que retrata su semblante.

Se acerca, mira, se ve,
y al contemplar su hermosura,
dice loca de ventura:

—¿Y con quién me casaré?—

II

¡Han pasado muchos años!
y hoy que se acerca á la edad
de conocer la verdad
de los rudos desengaños,

Ve en el espejo el castigo
que en su huella el tiempo deja,
y exclama al verse tan vieja:

—¡Quién se casará conmigo!—

FIACRO YRÁYZOZ.

ABRIL

Su cédula.

Abril es un mes muy desgraciado y no comprendido; le pasa lo que á muchos que en este valle de lágrimas presumen de genios. Su abuelo es tan noble como el de su hermano, y sin embargo, pesa sobre él el dictado de segundón, que este era su puesto entre los romanos. Tal vez se hubiera casado con la Primavera, porque gusta de su carácter poético, pero llega tarde y se la encuentra viuda y á más por cuñada, teniendo que desistir de sus propósitos en respeto al difunto. Abril ni es Marzo ni Mayo, ni invierno propiamente dicho ni primavera por completo; así á lo mejor calienta, á lo mejor refresca, sin que á él pueda imputársele tal inconstancia, sino á sol y á nubes, siempre enemistados y siempre en continua disidencia.

Su cédula de vecindad dice á la letra: carácter, dulce y bondadoso; fuerza de voluntad, escasa; genio, apacible; maneras, finas; edad, poca, sólo cuenta treinta días; color de horizonte, azul diáfano; ojos, algo tiernos, por ello se le llama aguas mil; cara, lozana; ocupacion, pintor y dorador; señas particulares, no usa equinocio.

Por lo demás, cumple como bueno, se afana cuanto puede, y más adelante se verá con qué calor toma á pecho sus obligaciones generadoras.

Sus primeros hechos.

Trae mucha prisa, porque el pobre no ignora que la Semana Santa le coge muy pronto y apenas si tendrá tiempo para recibirla como se merece. Tocante á ese punto, Marzo resulta

para su hermano un egoísta de sobre la marca. Desde luego sabe que no entran, por lo general, las fiestas religiosas bajo su férula, y bien pudo contentarse con treinta días de vida, con lo que Abril hubiera contado uno más para arreglar sus cosas á mejor ver, que no se improvisan recepciones así como se quiera. Pero no es lo mismo predicar que dar trigo, y el gazmoño del mes difunto, á pesar de sus pujos de asceta, ya que no le es dable birlarle al sucesor la conmemoracion del santo sacrificio del Salvador, se le encaja en la primera decena para ponerle en un aprieto. Esto constituye una verdadera marrullería, que gracias á que va contrapesada por mayor número de cualidades buenas.

¡Qué!... Con semejantes apuros no hay lucimiento posible. Las flores primerizas le preparan, por suscripcion floreal, un banquete de aromas, y los pájaros, de mutuo acuerdo, una serenata matutina; pero ambos festejos tienen que suspenderse, de que Abril con harta pena les dice, hiposo por el cansancio del viaje: «Plantas y aves, os agradezco con todo mi calor primavera vuestros obsequios y estimo en lo que valen los perfumes y trinos que me preparabais; pero os suplico que reserveis vuestras corolas y vuestras gargantas para más adelante; ahora no merezco agasajos, y además traigo obligaciones perentorias que cumplir y no cuento con un rato libre.» ¡Claro! flores y pájaros sienten en extremo tal contratiempo; pero súbditos sumisos, entusiasmados por tanta modestia, vitorean á su señor con toda la fuerza de sus pétalo y de sus picos.

Muy luego se convencen de que no eran evasivas las excusas de Abril. A renglón seguido, y sin reposar casi nada, cita á las fuerzas vivas naturales, y sobre la marcha, y en consejo de elementos, despacha con el sol, con el viento y con el agua, encargando á los últimos exquisita medida en la tramitacion de sus rachas y de sus gotas, y acordando con el primero el modo de suavizar la temperatura y dorar el horizonte durante los dos días solemnes por excelencia: el Jueves y Viernes Santos. De paso comisiona á la brisa para que sin tardanza alguna, y dándole de plazo hasta el Domingo de Ramos, amarillee las plantas que estén para ello, y él mismo, por sí propio, va á recorrer los campos á fin de obligar á verdearse con urgencia á las que aún no lo hubiesen hecho. Sólo entonces, sin temor de quedar en descubierto, toma un baño de rocío y descansa.

El reposo no peca por lo largo. Duerme Abril tranquilamente, cuando de improviso despiértale seco ruido, y entrándole grande susto pónese á escuchar con atencion: no cabe duda alguna, son carracas. ¡Mil brisas! ¡Si es Miércoles Santo! Abril se levanta azorado y ordena que se ponga en vigor la temperatura bonancible. Y amanece el Jueves, y sigue el Viernes, y durante los dos días permanece vigilante. Que asoma una nubecilla, ¡alto allá! está prohibida la lluvia. Que se forman celajes, ¡atrás! el horizonte ha de lucir terso como un espejo. Que se mueve viento, no se permiten soplos.

Pero á lo mejor, las intrigantes nubes, ladinas redomadas, se buscan recomendaciones fuertes, y el sol, que es un truhan muy largo, se oculta para quedar bien con todos y Abril tiene que consentir que llueva y hacer la vista gorda. Por eso vociferan contra él los mortales y le tildan de aguano, sin parar mientes en que no es lo mismo declamar en la oposicion que obrar en el gobierno.

La conjuracion.

Estalla en Semana Santa, pero mucho antes se fragua y se desarrolla. Sus fines son la con-

quista absoluta de la cocina y el derecho á ser el plato de preferencia en la mesa; por eso escogen los adictos por lema el de «todo por el pescado,» y alzan bandera al grito de «¡abajo la carne!» La época en que se echan al mercado y á la despensa favorece tales planes revolucionarios; la vigilia rige obligatoria y los enemigos se encuentran indefensos. No más privilegios, y para borrar el de las magras y el de los huesos establecen el de las raspas y el de las espinas. Pero la dictadura impuesta por la fuerza se hunde al propio peso de su tiranía, y así Abril no se inquieta por la algarada y deja á los conjurados que se explayen á sus anchas y manden sin freno cuatro días consecutivos, seguro de que al quinto sobrevendrá necesaria la derrota, y como consecuencia forzosa la reaccion, volviendo á ser el Domingo de Pascua la carne el alimento primordial por excelencia, y el pescado una variante de la comida.

El Martes Santo por la noche se celebra junta magna de jefes y se suman los elementos reunidos y los contingentes aportados. La conjuracion cuenta con un verdadero ejército que se esparce por todas partes en unidades estratégicas, y si compactos y animosos se presentan los batallones de arenques, boquerones, sardinas y demás tropas de infantería de línea, no lo son ménos los regimientos de ostras y almejas con sus calizas corazas, y de cangrejos con sus lanzas oscuras y las baterías alargadas de cóngrios y anguilas. Las merluzas, jefes de banasta, esperan la contraseña, y despues de ponerse de acuerdo y ordenarse el movimiento de fuerzas entre el comandante general salmon y su cuartel general de langostinos, parten las pescadillas de órdenes á cumplimentar las que reciben, llevando el último pliego de instrucciones, que dice á la letra: «Sr. Brigadier de la... Mañana á primera hora se encontrará vuestra merluceria, con los peces de su mando, en el sitio designado de antemano. La victoria nos espera; Abril se halla impotente para proteger á sus amigos, aves y mamíferos, porque la Iglesia prohíbe promiscuar estos días; la sartén es nuestra. Peces, ¡Viva el pescado! ¡Abajo la carne!—Por el comandante general, el jefe de Estado Mayor, Abadejo.—Tonel central á tantos de Abril.»

Y amanece el Miércoles Santo y en un santiamén se ocupan los puntos extratéticos en los mercados y por doquiera, en todos los tenderetes, en todos los puestos, en todas las cubetas, se fijan fuertes retenes de línea y de coraceros, y los lanceros patrullan por aquí y por acullá, y la artillería se extiende sobre las planchas de zinc de las tiendas de pescados y los jefes de brigada dirigen las maniobras. Luego se toman por asalto las cestas de las sirvientas, y se invaden las cocinas, y sardinas y arenques conquistan á la bayoneta las sartenes, y almejas y ostras la cazuela con agua hirviendo, y cóngrios y anguilas la besugueras, y cangrejos el puchero en que han de cocerse. Conejos, pavos, gallinas, terneras, se ocultan ante los mandatos de la Iglesia y ante la superioridad del enemigo, y éste, enardecido por su fácil triunfo, cree haber logrado para siempre el derecho de alimentar al hombre y complacer á su paladar con exclusion de todo otro principio.

¡Vana ilusion! Cuando ya quedan pocos pescados por comer cesa el ostracismo de la carne, y Abril, como quien no quiere la cosa, hartado del dominio de gentes de tanta escama, suelta un Domingo de Pascua con un decreto derogando las vigiliat, y los peces, si obtienen el honor de ser pasados por el estómago, quedan relegados á un lugar secundario en calidad de platos de adorno.

El Renacimiento.

¡Ea!... ¡Arriba, nada de pereza! ¡Durmiendo á estas horas y ya el sol cerca del meridiano luciendo que es una bendición! Y luego querrán ustedes aprovechar sus rayos y gozar de mis chaparraditas. Vaya, vaya, á restregarse los pétalos, y listas, que sino no hay brisas.

Y así diciendo, en calidad de apoderado con plena autorización de Doña Primavera, que aún no se manifiesta del todo porque guarda el luto á Marzo, Abril empieza sus visitas y dirigiéndose á la estufa descubre el abrigo de esparto que la cobija, abre las puertecillas de vidrio, y así, las plantas invernales que ya sudaban en su larga encerrona, se solean lo que conviene y se refrescan lo que les hace falta.

Vase despues al jardín, y primero lo moja y á seguida lo enjuta; y ¡cómo brilla entonces la hierba y cómo se apimollan las flores! Siega el musgo, enarena las calles, llena las fuentes, dibuja los recuadros, y abriendo á miles los botones y vigorizando los pistilos, aquí brotan delicadas rosas que se inclinan lánguidas al besarlas el éfiro; y allí salen hermosas camelias de raso, que se miran á escape en el arroyo porque sólo belleza exterior tienen; y allá se hierguen varas de rizosos alelles, y acullá mantas de anchos geráneos, y cerca ondulantes y pomposos claveles, cimbreando sus abultadas cabezas; y por doquiera innumerables hermanas más tardías, unas ántes, otras despues, rompiendo poco á poco los verdes gorritos de la infancia.

Tambien hay para el campo, que Abril no se olvida de nadie, aunque bien merecen las plantas silvestres un regaño por lo criticonas y envidiosas, como si todas las flores hubieran de ser de jardín y no existieran en el mundo ricos y pobres. Buena está la vega; los árboles pierden la vieja corteza y enseñan la blanca albura; entre las sábanas de fina y verde hierba relucen á trechos rojos y tempranos ababoles; al borde de los barrancos espinosos cardos y abrepunios; á orillas de los aguatochos suaves y azuladas malvas. Los prados removidos piden á voces que se les aclare y escarde la sembradura. Los huertos revientan de hinchados, y si por una parte largan las legumbres de primavera, por otro se refocilan y se esponjan para prestar su jugo á las que se siembran y á los trasplantes de frutales que se hacen. Corre el agua de riego á morir á los azarbes y pronto habrá frutas tempranas, y ya las fresas purpurizan sus birretes cardenalcios, con gran contento de Abril, que gusta de ellas con exceso.

Los ánades acuden tranquilos á beber á las albuferas; tornan en bandadas los sisonos; sueltan sus cuernos ciervos y gamos; aflan sus pitones los toros; los moruecos encariñan á las ovejas; de los huevos salen las nuevas polladas; dejan los nidos los pájaros jóvenes y el aire se puebla de mugidos y por todas partes aturden los pitorreos.

¡Ah, sí! La naturaleza renace como el ave fénix de sus cenizas, y el pólen misterioso que todo lo fecunda apórtalo Abril, que hace el bien sin esperar recompensa y que, á pesar de ser un mes de transición, bien puede aplicarse con legítimo orgullo, parodiándola, la célebre frase de Luis XIV: «la vida soy yo.»

A. PEREZ G. NIEVA.

ROSAS Y ESPINAS ¹

(MEMORIAS DE UN MÉDICO VIEJO)

¡Cuidado que han pasado años desde aquella mañana! Viejo, achacoso, con el corazón rebo-

¹ De un libro inédito intitulado *Cuentos del tranvía*.

sando amargura, la conciencia tranquila, merced á innumerables sacrificios; solo, sin familia; la tierra me reclama, y por eso, bien á pesar mio, hacia ella me inclino, como la seca caña al peso de la semilla. El sueño, inagotable fuente del olvido, no acude á mi llamamiento; en cambio, un recuerdo tenaz me persigue esta noche, reclamando, á viva fuerza, página aparte en mis Memorias.

Es historia triste, muy triste. Cada uno de sus tres capítulos bien pudiera dar sobrado asunto para un libro de mucho tono.

No conozco nada tan caprichoso como el recuerdo; los hechos que instigan á mi torpe pluma para que se mueva sobre las hojas del cuaderno, no me atañen directamente. En tales escenas casi no representé otro papel que el de mero espectador; bien es verdad que, procurando no desmentir los deberes de mi profesión, quise curar heridas que yo no causaba. ¿Por qué, pues, aquellos recuerdos se sobreponen ahora á los innumerables que tengo consignados en estas notas, para enseñanza ó recreo Dios sabe de quién, y á otros mil íntimos, exclusivos, que llevo grabados en el pecho para que los entierren conmigo?

¡Vaya Vd. á descifrar el misterio!

Rosica.

Mayo es el último mes de embarazo para los malos estudiantes; pero los que, como yo, no dejaban los libros de la mano desde el 15 de Setiembre hasta el 1.º de Junio, veían llegar la época de las flores con una calma envidiable, y se permitían el sibirismo de pasear por las mañanas bajo las verdes alamedas de la Alhambra.

Una que se extiende desde el palacio de Carlos I, por un costado de Santa María, hasta morir en el inmenso portalon de una huerta, me gustaba sobre todas. Tendido boca arriba sobre mi manta jerezana, que un guarda recogía diariamente en su casilla cuando yo volvía á Granada para almorzar, con un tomo de Higiene en las manos, me quedé dormido, mirando cómo dos ruiseñores se daban el pico en el árbol frondoso que á mí me prestaba sombra y frescura. Sabe Dios á qué hora hubiese despertado de no sentir un tenaz cosquilleo en las narices, en las orejas, bajo el cuello y en la frente, que me obligó á dar dos ó tres vueltas sobre mi duro lecho y concluyó por despertarme, maldiciendo las moscas, pues á ellas, calumniosamente, achacaba yo tales molestias.

Abrió los ojos de par en par: miré primero al árbol, los amantes habían desaparecido; luego hacia mis piés, la alameda estaba desierta; despues torcí un poco la cabeza y ví... las cañas y algo más de unas piernas torneadas, mórbidas, incitantes, embutidas en unas medias azules, gruesas y limpias. Inmediatamente mis oídos se llenaron de una carcajada franca, argentina, simpática, que compensaba con creces la turbación de mi sueño.

Ligera como una corza y más rubia que las candelas, una linda muchacha, en zagalejo color de guinda, con un pañolito de talle de seda azul sobre los hombros, desnudos los turgentes brazos y en la diestra un junquillo seco; en dos segundos salvó la distancia que me separaba de la huerta, entró como un rayo por el ancho portalon y se perdió al fin en el fondo de un paseo de perales, no sin volver ántes su dorada cabecita hacia mí y dedicarme otra carcajada, si cabe más estrepitosa.

De vuelta á nuestra posada conté á mis compañeros el lance con todos sus pelos y señales, y también éstos se mofaron de mi extrañeza.

—Vamos, hombre, se necesita ensimismarse tanto en el estudio como tú lo haces, ser tan peña como eres, para no haber visto hasta hoy á Rosica, yendo á menudo á la Alhambra, y que ésta tampoco se atreviera ántes á trabar relaciones contigo y haya necesitado abordarte durmiendo. El tío Antonio, hortelano de esa huerta que dices, encontró una mañana, hace quince años, colgado del aldabon de la puerta un cenacho malagueño lleno de trapos muy limpios, y entre los trapos, dormida como en cuna de palosanto, á una niña que sonreía como los ángeles.

«Debe llamarse Rosa; criela Vd. con esmero y será recompensado espléndidamente.»

El papel que rezaba este encargo iba dirigido al buen labriego. Su mujer habia parido días ántes, y la vispera del hallazgo de Rosica perdió su hijo. La honrada gente crió á la niña, sin que hasta la fecha lograra ver recompensados sus afanes.

Pasó la hortelana á mejor vida, y el tío Antonio se ve y se desea para meter en costura á la huérfana, que es el mismísimo diablo.

Hasta el día se ha contentado Rosica con apedrear pájaros, burlarse de los escolares que van á estudiar á la Alhambra, y emplear los cuartos, que saca vendiendo flores á los extranjeros que visitan el palacio, en irse al paraíso del teatro Principal, sin que el tío Antonio lo sepa, porque se acuesta temprano, y escandalizar allí riéndose con la estrepitosa franqueza que tanto le admiró.

Ahora bien; pienso que esa paloma sin hiel caerá un día ú otro en las garras del gavilán. No se sabe que haya tenido novio, aunque más de mil hemos solicitado serlo; pero yo, que conseguí hablar con Rosica varias veces, creo, y Dios me perdone, que la niña es ambiciosa, y si encontrase un prójimo que la vistiese de seda, el hortelano no la volvería á ver.

Esto me contó un estudiante de Derecho que llevaba diez años en Granada dedicado á estudiar el ramo de costureras.

Y me licencié, y no he vuelto por la ciudad de las mil torres.

Rosina.

Con bastante suerte, y poniendo mucho de mi parte, llegué á ser el médico de moda en la corte.

Los lunes comía con la Marquesa del Baillar.

—Esta noche no hay excusa, querido Doctor; necesito que me acompañe Vd. al Real. Quiero que oiga Vd. á Rosina; canta *Lucía* maravillosamente: con que en marcha.

Y no hubo más remedio. Rara vez iba yo al teatro de la plaza de Oriente, aunque por ser médico de la compañía disfrutaba localidad gratis. La fama de la tiple en cuestión habia llegado hasta mí, ensordeciéndome por las mil trompetas de la prensa periódica.

Desde que la *diva* pisó las tablas, mis ojos se clavaron en ella.

—Vamos, al fin y al cabo va Vd. á agradecerme que le haya traído á remolque— me decía la Marquesa, observando la insistencia con que yo miraba á la cantante.

Comenzó el aria de la locura, y yo me movía en el sillón del palco con una agitación febril: las carcajadas de Rosina herian todas las fibras de mi sentimiento.

De pronto, al medio de aquel hermoso canto, la joven fluctuó, se puso muy pálida, articuló un grito ahogado y vino al suelo *come corpo morto cadí*, que dijo Dante.

Descendió el telon majestuosamente y un empleado de la empresa anunció al público que

otra actriz sustituiría á Rosina en el papel de Lucía, pues ésta se habia puesto muy mala.

Miéntas tanto yo, causando la admiracion de mi ilustre clienta, salí del palco atropelladamente murmurando:

—Es ella, es ella; su misma risa, su inolvidable hermosura realizada por los atavíos y la educacion.

Rosina murió á los pocos dias dejando encomendada al cuidado del tenor B la suerte de una niña, fruto de sus amores ilegítimos con este célebre actor.

Yo asistí á la tiple durante su enfermedad, y me contó la historia siguiente:

«Se estableció en la Zúbia una fábrica de porcelana dirigida por una compañía inglesa. El hijo del dueño, un real mozo, de mucho rumbo, acertó á ver á Rosica y se prendó de ella. Le ofreció un Potosí, y la paloma, como dijo el estudiante aquel, cayó en las garras del gavilán. Y el tío Antonio despertó un día sin su hija; y con monedas de cinco duros de buena ley se secaron sus lágrimas; y Rosica se presentó hecha un brazo de mar en teatros y paseos. Y fué madre, y la niña, que tenía una voz maravillosa, encomendada á la direccion de un barítono á quien todos hemos aplaudido, que vivía por aquel entónces en un cármén de su propiedad en la Alhambra, prometía ser una tiple de *primo cartello*. Y la fábrica se hundió; y de la noche á la mañana el inglés dijo «vuelvo,» y fueron las espaldas. Y hete aquí á Rosica con el corazón desgarrado, enferma, marchita, presa de remordimientos; otra vez en la huerta, recogida por el tío Antonio, que la vió morir desesperada. El barítono se hizo cargo de Rosina y se la llevó á Italia.

Como su madre abandonó al tío Antonio, ella dejó un día á su protector, con quien trabajaba, y se fué con el tenor de marras. Era hermosísima como su madre, como ella tenía en las venas el virus de la seducción y en el libro del destino fijada su triste suerte.

Yo, cuando el cantante me aseguró que no abandonaría á su hija, cumplidos los últimos deberes con Rosina, de quien no quedan más que tristes restos en el cementerio del Mediodía, tras una lápida húmeda y borrosa, no volví á ocuparme más del asunto.

J. LOPEZ VALDEMORO.

(Se continuará.)

GALERÍA DE AMERICANOS ILUSTRES

II

Continuamos nuestros apuntes de los americanos que más figuran actualmente en las Repúblicas donde se habla el idioma español, para ampliar luego el trabajo dando á luz biografías más extensas en folletos, con los retratos de los interesados; lo cual principiaremos en cuanto tengamos reunidos datos que á los respectivos gobiernos hemos pedido, y de los que ya nos faltan pocos:

PRESIDENTE DE COSTA-RICA

D. PRÓSPERO FERNANDEZ

Aunque el Estado de Costa-Rica es uno de los más pequeños de la América Central, también es el más productivo, el más poblado y el más progresivo, en fin, pues su café, sus pieles, sus metales preciosos, sus excelentes maderas, sus perlas finas y otros muchos artículos que exporta á todo el nuevo continente y á Europa; la industria, que aumenta cada día; sus excelentes puertos en el Pacífico y en el Atlántico, y sobre todo, la honradez y laboriosidad de los naturales de aquel país, contribuyen al floreci-

miento del mismo, que crece visiblemente desde mediados de 1882, en que se halla al frente de la República el distinguido General D. Próspero Fernandez.

Él ha sido, durante el período de alteraciones sufridas por Costa-Rica, quien con su energía y su valor restableció la paz material y moral, venciendo en los campos de batalla á las tropas del filibustero William Walker, y dando muestras de generosidad, inteligencia y alteza de miras, en estos últimos tiempos, al conceder amnistía general á todos los presos y emigrados por causas políticas durante administraciones anteriores á la suya, introduciendo grandes economías en los presupuestos, estableciendo reformas liberales sin precipitacion ni vacilaciones, y siendo un modelo de Presidentes por sus virtudes cívicas.

Nació el Sr. Fernandez el 18 de Julio de 1834, en San José, capital de la rica y hermosa República; su familia es de las más respetables de la nacion, y sus antepasados, entre los cuales se cuentan dos *Presidentes*, han merecido la estimacion general, distinguiéndose entre ellos el Sr. D. Francisco Javier Oreamuno por el cariño que tenía á España y lo que ayudó á los últimos Gobernadores españoles, de los cuales hubo de merecer claras muestras de afecto.

La educacion literaria del Sr. Fernandez, que es grande, como ha dado evidentes pruebas de ello en diferentes ocasiones, la adquirió en la Universidad de Guatemala; pero las revueltas de la guerra de todos los pueblos americanos para sostener su independencia, despertó en este notable ciudadano aficion á las armas, y como por otra parte el servicio militar es allí obligatorio, ingresó en las filas del ejército, en el que muy pronto fué nombrado subteniente de infantería, marchando como tal en el año de 1845 á Nicaragua con el ejército expedicionario que combatió las fuerzas del indicado norte-americano William Walker, las cuales fueron durante algun tiempo un verdadero azote para la América Central y el peligro más serio para la independencia de los pueblos que la forman.

En las principales acciones de dicha guerra tuvo el Sr. Fernandez la satisfaccion de hallarse, mereciendo las distinciones mayores de sus jefes, ascensos y pruebas de afecto repetidas por su valor y pericia militar, llegando hasta el alto puesto de General de division.

Después de esto, sus excelentes condiciones personales le llevaron á ocupar los más altos puestos de la República, tales como el de Comandante militar de la provincia de Alajuela y Comandante general de las fuerzas del Estado, hasta que en 1882 sus conciudadanos, por voto general, le han elevado á la alta dignidad de Presidente.

Su esmerada educacion, su agradable fisonomía, los vastos conocimientos que posee y, sobre todo, el progreso que adquirió Costa-Rica desde que el Sr. Fernandez se halla al frente de ella, hacen presumir que en las próximas elecciones sea reelegido.

PRESIDENTE PROBABLE DE MÉJICO

D. PORFIRIO DIAZ

Méjico es una República americana de las que más se conocen en España, no sólo por la relacion estrecha que entre sí llevan ambas naciones, sino también por el gran número de españoles que viven en aquel extenso y rico territorio descubierto por Hernán-Cortés en 1519, donde ya para fortuna de todos se van olvidando antiguos enconos nacidos de la guerra de su independencia.

Méjico es también, como la República Argentina y Chile, de los pueblos que por lo vasto de

su territorio, la gran ilustracion de sus habitantes y el frecuente trato con Europa y los Estados Unidos del Norte, ha progresado más durante los diez últimos años.

Por esa razon los hombres de aquella República son más conocidos y populares entre nosotros.

No obstante de esto, para que en nuestra *Galería* figuren todos los americanos notables, haremos mencion de los más importantes mejicanos, entre los cuales se halla el compañero de Juárez, el prisionero de Puebla.

Es casi imposible ocuparse de Méjico sin hacer mencion de las tristes escenas y las continuadas luchas á que dió lugar el establecimiento allí del imperio que concluyó con la tragedia de Querétaro; pero nosotros hemos de prescindir hoy de esto por no traer á la memoria escenas de luto, y porque queriendo á los mejicanos con cariño entrañable y habiéndonos sido aquel caballeroso y malogrado Príncipe muy simpático, prescindiremos de culpar á nadie de su desgracia; y si lo hiciésemos, dirigiríamos la vista hacia el coloso que arrastró á Maximiliano á la muerte.

Téngase, pues, esta manifestacion en cuenta para juzgar la conducta que en los asuntos mejicanos hemos de seguir siempre.

Porfirio Diaz, el sucesor del valiente y enérgico Juárez, del sabio y discreto Lerdo de Tejada, y que ahora, segun todas las probabilidades, va á sustituir en la silla presidencial de la gran nacion de Motezuma al ilustre General Gonzalez, nació en Oaxaca, la hermosa poblacion que á orillas del río Verde está embellecida por grandes edificios y paseos amenos, y en la que también vió por primera vez la luz del día el perseverante, sagaz y patriota Juárez, en cuyo pueblo pasó éste los primeros días de su juventud luchando, como Francklin, como Lincoln y Johnson, con aquellos obstáculos que han tenido que vencer la mayor parte de los primeros demócratas americanos que forman hoy la pléyade de ilustres hombres de dicha region del mundo.

Diaz no se dedicó con preferencia á la milicia; al contrario, es de los hombres civiles que, con el tino y talento que le caracterizan, procuró y ha conseguido debilitar la influencia del militarismo, tan impropia de los pueblos libres.

En los primeros años de su vida se dedicó á la carrera de las leyes, en cuyo estudio descolló; pero se vió precisado á tomar las armas como miliciano nacional para defender sus principios y la independencia de su patria más tarde, invadida por los franceses, que han dado no pocos días de luto á Méjico y contribuido á las desgracias allí ocurridas.

Durante dicha guerra, el hombre eminente que nos ocupa luchó con valor denodado, y puede decirse que fué uno de los que más principalmente lograron restablecer en su patria la república y darla días de verdadera gloria.

La relacion de todas sus victorias, así como la gran suma de conocimientos que posee el señor Diaz, la dejamos para cuando más extensamente nos ocupemos de él, pues no permiten estos esbozos otra cosa.

Indicaremos, sin embargo, que afiliado al partido constitucional ha tenido la debilidad de nuestros antiguos progresistas españoles, la de colocarse en contra del clero, que allí como aquí es poderoso, y que tratado bien ayuda de ordinario al mejoramiento y progreso de los pueblos.

Nosotros, que nos hemos honrado constantemente con llevar alta, muy alta, la bandera de Cristo, sentimos que repúblicos eminentes y hombres de la importancia de Porfirio Diaz se coloquen enfrente de los que propagan la doc-